

## CAPITULO VIII.

LO QUE DEBIA SUCEDER

## TARDE O TEMPRANO.

La naturaleza, previsora en todo, ha permitido que el enfermo que entra en convalecencia, se contente con los placeres simples y sencillos que pueden proporcionársele, y que en nada alterarian el curso de su curacion. Contrae fácilmente costumbres, que en plena salud, cuando puede gozar de todas sus fuerzas, le parecerian ridículas aun en los mismos viejos, y á los cuales le hubiera parecido imposible que su naturaleza se prestara.

El gran sillón que sucede al lecho, la visita de las gentes que en el estado normal se encontrarían fastidiosas, una conversacion tranquila, sin causa ni efecto, un rayo de sol deslizándose á medio dia por la ventana entreabierta, la comida de dieta, un poco de lectura, un partido de damas, que el contrario se deja ga-

nar para complacer al enfermo, todo esto llega á llenar de no sé qué felicidad dulce y tranquila el dia de un convaleciente.

El espíritu, fatigado por la debilidad del cuerpo, nada más desea; y como cada dia que pasa, vuelve á la persona enferma una nueva parte de sus fuerzas, llega un momento en que el sujeto, como dicen los médicos, se encuentra de nuevo, casi sin percibirlo, en su vida comun, y recuerda con admiracion el tiempo en que toda su ambicion era ir, ó en que iba con mil trabajos, de su lecho á su mesa y de su mesa á su lecho.

La enfermedad es una advertencia que la Providencia hace al hombre, y que éste (debemos decirlo en obsequio de la verdad) aprovecha muy pocas ocasiones, porque nada se olvida más pronto como el mal pasado. Todos los dias se encuentra uno con gentes que le dicen:

—Hace dos años padecí una enfermedad de seis, de ocho meses!

Y nada, en el acento con que pronuncian estas palabras, revela ni lo que deben haber sufrido en tanto tiempo ni el provecho moral que pudieran haber sacado.

La enfermedad tiene, sin embargo, una cosa buena, y es que, regenera, por decirlo así, las impresiones, y durante algun tiempo os hace mirar la naturaleza bajo un aspecto nuevo.

Como os ha hecho acercaros mas ó ménos á la muerte, es decir á Dios, os hace concebir una sed insaciable de todo lo que viene de él. Los árboles, los bosques, las flores, se nos aparecen como amigos, á quienes se temió no volver á ver jamas, y que se encontraban siempre buenos, afectuosos, iguales.

Despues pasa este tiempo, y estas dulces emociones hacen campo á eso que se llama las grandes preocupaciones de la vida.—Apropósito, yo querria saber si el ser inteligente que llega á los cincuenta años, y que vuelve su vista hácia atras, encuentra en su pasado un recuerdo mas agradable que el del tiempo que ha podido dedicar á los placeres sencillos y á los goces serenos de la naturaleza.

¿Por qué se echará de ménos siempre la infancia, si no es por la independenciam de espíritu que se goza siendo niño, y que solo deja al alma accesible á las castas impresiones de este mundo, á las cuales viene á unirse mas tarde el amor, esa flor que brota para todos los hombres en el mismo sitio del camino, que ellos cortan, ráspiran, marchitan las mas veces, la arrojan, y luego querrian recogerla del fango en donde la han dejado caer, y adonde la impide corromperse su esencia divina.

Fácilmente se comprende que con el carácter que le conocemos á Edmundo, se prestaba fácilmente á las exigencias de su enfermedad,

la cual tenia sobre él la influencia de hacerle olvidar los temores del porvenir. En efecto, la salud que el señor Devaux le habia milagrosamente vuelto, era como una garantía de curacion.

—Si yo hubiera debido morir, se decia interiormente, ya habria muerto.

Sin embargo, no habia en él ni convicción ni esperanza propiamente tales; sentíase feliz con mirar á su alrededor á todos los seres á quienes amaba, y de los cuales estuvo á punto de separarse para siempre.

El médico que le habia ya salvado una vez, le decia que tuviera confianza, y Edmundo, sin pensar, sin voluntad casi, se dejaba arrastrar por esa sensacion tan dulce en el hombre, que siente volver la vida á su seno. . . .

De esta manera corria el tiempo. Los dias de Edmundo se sucedian los unos á los otros, trayendo el tributo de bienestar que la ciencia les exigia.

El tratamiento al cual el señor Devaux habia sometido á su yerno, comenzaba á operar. La tos que habia sucedido á la fluxion de pecho, se debilitaba poco á poco.

El tratamiento era muy sencillo, aunque pocos médicos se atrevieran aun á usarlo, á causa de no ser sino poco conocido. Habia sido encontrado por un facultativo ingles, M. Cooper, quien habia manifestado sus buenos efectos,

Consistia simplemente en hacer permanecer al enfermo siempre en una misma temperatura, y en administrarle una solucion de hydriodato de potasa, cuya d6sis se iba aumentando gradualmente.

Necesitaban, sin embargo, conocer admirablemente la organizacion y el temperamento del enfermo, porque este remedio, excelente para unos, podia ser funesto á los otros, y no debia por consiguiente, ser empleado con los primeros enfermos que se hubieran á las manos.

Hacia ya dos meses que Gustavo estuviera l6jos de Paris, y no pensaba aun en volverse, á pesar de que las cartas de Nichette cada dia eran mas tiernas, mas exigentes; á pesar de que el buen estado en que Edmundo se encontraba, le hubiera permitido alejarse; á pesar de que la misma se1ora de P6reux, que conocia el gran amor que el j6ven profesaba á la modista, le habia dicho repetidas ocasiones que le devolvia su libertad, y que no queria llevara tan l6jos su sacrificio. . . .

A pesar de todo esto, Gustavo ni aun pensaba, decimos, en volver á Paris.

Es que algo nuevo pasaba en su interior; es que, como hemos tratado de indicarlo en el capitulo anterior, otro nombre venia á colocarse en su corazon junto al de Nichette, y comenzaba á oscurecerlo.

Tristeza y trabajos tendr6mos para describir

las diversas impresiones á que se hallaba entregado Gustavo desde que se hallaba cerca de Edmundo y desde que habia conocido á la familia de Mortonne.

El, que hasta ent6nces no habia mirado al amor, segun hemos explicado ántes, sino bajo el punto de vista del placer, y que amando á Nichette como la amaba, es decir, como una querida bonita y agradable y como una hermana afectuosa, creia haber sondeado los postreros l6mites de su corazon; Gustavo, decimos, estaba admirado al percibir la nueva luz que brotaba de su alma, y que iluminaba ciertas partes que hasta ent6nces permanecieran á oscuras é ignoradas.

No amaba aun á Laurencia de Mortonne tanto como amaba á la modista; pero sentia que bien pronto la amaria muchisimo mas . . . y en todo caso, ya conocia la imposibilidad en que estaba, de separarse de los lugares en que 6sta respiraba.

Por otra parte, el amor realmente puro que Nichette experimentaba por 6l, los buenos y hermosos dias que la debia, su hermos6sima figura, su lindo rostro, tan bien dispuesto para la sonrisa, y que á traves de las doscientas leguas que lo separaban de ella, entreveia triste y acaso lleno de l6grimas; el pesar que una separacion eterna iba á causar á esta pobre ni1a, que habia puesto toda su felicidad en su amante, y

á quien este abandono dejaria sobre una de las playas mas desiertas de la vida . . . todo esto se le ocurría por la noche á Gustavo, y hacia de tiempo en tiempo inclinarse la balanza del lado de Nichette.

Mas esto no duraba suficiente tiempo para producir una resolucion, y á la mañana siguiente, cuando la bella y casta figura de Laurencia de Mortonne se presentaba, la pobre Nichette, ausente á mas de doscientas leguas, perdía su influencia, y se eclipsaba, como se eclipsa el lucero de la mañana cuando raya la aurora sobre el horizonte.

A menudo, ántes de que esto fuera una cosa probable, y aun cuando creía que jamas llegaría ese caso, Gustavo se habia dicho (y ya hemos comunicado esta reflexion á nuestros lectores): Si me llevo á casar, aseguraré una buena suerte á Nichette, y todo habrá concluido.

Pero en aquella época, lo volverémos á repetir, el casamiento no entraba en las ideas de Gustavo, y ninguna muger habia que se lo hiciera desear. . . . Generalmente no prepara uno su corazon y su espíritu para ciertas cosas, sino porque está uno interiormente convencido de que no llegarán á suceder nunca; y si la casualidad las hace probables, tal vez posibles, no percibe uno la dificultad que hay de sostener esa resolucion que tan fácil parecia. Empero, al presente, estas ideas habian cambiado;

el casamiento habia tomado una forma, y he aquí, que lo que él ántes aceptaba con tanta facilidad, como medio de consolar á Nichette, le parecia ahora insuficiente, porque una voz secreta le advertía, que no era una ruin cantidad de dinero lo que tenia que pagar á la pobre joven, á quien su abandono iba á hundir en la desesperacion . . .

En aquellos momentos recordaba el consejo de Edmundo, que le habia dicho:

—Cásate con Nichette.

Y se respondía á sí mismo:

—Y por qué no?

Pero todas las fibras de su amor propio resonaban entónces en su corazon, y hacia este razonamiento, que tal vez por fortuna ó por desgracia de Nichette, es lógicamente propio de la naturaleza humana:

—Nichette me ama bastante; es una excelente muchacha, de muy buen corazon; pero despues de todo, no es mas que una modista, una griseta . . . . y no hay ninguna razon para que yo me case con ella, puesto que soy su amante, y si quiero continuar viviendo en su compañía, puedo hacerlo fácilmente sin necesidad de recurrir al matrimonio.

“Y luego, la señora de Péreux tal vez la recibiría, porque ella se halla léjos de toda clase de preocupacion, y conoce bastante á Nichette; pero el mundo la recibiría con la misma faci-

lidad . . . y aun yo, si ella llegara á ser mi muger, no la pediria cuentas de lo pasado, y no la haria ser desgraciada. . . ? No, decididamente; eso es imposible.

“Por otra parte, puesto que la señorita de Mortonne es quien ha hecho nacer en mi espíritu estas ideas de matrimonio, ¿qué motivo habria para que yo me casara con Nichette?”

Es que Gustavo habia llegado ya á ese estado, que no participa mucho de la indecision. Hallábase colocado entre dos mugeres, de una de las cuales era amante hacia mas de dos años, que no era mas que una griseta, y á quien amaba, es cierto; pero con esa clase de afeccion que se concede á una querida cuando comienza á experimentarse verdadero amor por otra muger; la otra era jōven, bella, de buena familia, pura como un ángel, y á la cual él habia revelado las primeras emociones del alma (porque Laurencia comenzaba á sentir que una porcion de su alma seguia á Gustavo cuando se separaba de él) por cuya posesion el mundo lo felicitaria; muger, en fin, á quien ningun hombre hasta entōnces habia tocado ni con la punta del dedo.

Gustavo no se sentia detenido, y en efecto no lo estaba mas que por la delicadeza de su corazon.

—¿Cómo confesar esto á esa pobre Nichette? se preguntaba.

Añadid luego que ese sentimiento natural de vanidad, que impele al hombre aun mas allá de los límites de lo verōsimil, triplicaba en su mente la impresion que este matrimonio iba á causar á la modista, y mas de una vez llegó Gustavo á decirse:

—Y si ella fuera á matarse al recibir esta noticia!

—Ya nadie se mata hoy por esto, añadia despues de un rato; por el contrario, Nichette me olvidará. . .

Y mirad cuán rara es la naturaleza del hombre: la idea de que Nichette lo olvidara, causaba grande dolor á Gustavo, cuando por el contrario, debiera haberle producido placer, pues que esto era una excusa para los proyectos que tenia.

El corazon del hombre es semejante al laberinto de Dédalo: cualquiera que fuese el camino que éste tomara, se hallaba siempre enfrente del Minotauro. Cualquiera que sea el camino que el hombre tome en su vida, se encuentra siempre frente á frente con su egoismo; Minotauro que mata las ilusiones, esas vírgenes del alma.

Como fácilmente se imaginará uno, Gustavo no habia llegado á pensar en su casamiento con Laurencia, sino despues de haber adquirido sólidas garantías de que este casamiento era posible.

A nadie amaba Laurencia; estaba seguro de ello, porque nada hay tan fácil como sorprender los secretos de una muchacha, cuando se ha llegado á adquirir con ella alguna intimidad. Estaba seguro, además, de que si la jóven no experimentaba por él una simpatía muy marcada, no se opondría á lo ménos á ser su muger, caso que el señor y la señora Mortonne sujetaran su consentimiento al suyo.

Muchas veces Gustavo había investigado ó querido investigar diestramente las intenciones del comandante respecto de su hija, y había sabido que el comandante estaba dispuesto á casar su hija, si encontraba un hombre que le agradase y que tuviera la posición y la fortuna convenientes.

Por lo que respecta á la señora de Mortonne no tenía mas voluntad que la de su marido; y si hemos dicho que Gustavo había debido hacer sus investigaciones con destreza, es porque el comandante, á quien no quería revelar de luego á luego sus intenciones, las había adivinado en parte y había hablado de ellas con su muger.

—Escelente partido sería para Laurencia el señor Gustavo Daumont, decía la señora de Mortonne, si he de creer á mis ideas. Por otra parte, le hablaré de ello á la señora de Péreux, y sabré á qué atenerme.

Los padres de Laurencia habían conocido que Gustavo cortejaba á su hija, cosa que él mismo Gustavo había notado.

Cuando comienza uno á apasionarse de una muger, en defecto de las palabras que no osa uno pronunciar, y que serían la espresion del amor que ya se siente, y que es preciso explicar de algun modo, se deja hablar á los ojos, muchas veces aun contra la propia voluntad todo lo que los labios callan todavía.

Esas miradas las sorprenden los padres, que están para verlo todo y para vigilar á su hija.

Así es que aun hablando de cosas muy indiferentes con Laurencia, Gustavo la miraba como ve un hombre, que en todo piensa ménos en lo que está diciendo.

Un día la señora de Mortonne dijo á la de Péreux.

—¿El señor Gustavo es amigo de su hijo de vd.?

—Compañero de colegio, respondió la señora de Péreux.

—De buena familia?

—Escelente.

—Viven aun sus padres?

—No; es huérfano.

—Tiene bienes de fortuna?

—Cerca de veinte mil libras de renta, que es magnífico para un soltero.

—Que carácter tiene? Luego diré por qué pregunto tanto.

—Es del carácter que vd. le conoce: es bueno, generoso; lo amo casi tanto como á mi hijo, y con esto digo todo.

—Gracias, mi querida señora de Péreux; se lo diré todo á mi marido.

—Qué hay, pues?

—Hay que el señor Daumont corteja á Laurencia, que está en edad de casarse; que él no le desagrada, segun ella dice, y que yo apreciaria mucho que tal matrimonio se verificara, porque él nos estrecharia mas con vd., á causa de la amistad que el señor Daumont lleva con su hijo de vd.

—¡Ah! corteja á la señorita Laurencia! dijo la señora de Péreux.

—Lo dice vd. como si supiera que hay algun impedimento.

—Ninguno; lo aseguro, replicó la señora de Péreux: únicamente me admira el no haber conocido, como vd., que Gustavo ama á Laurencia.

—¡Oh! Pues es muy fácil! Pero vd. no está ocupada mas que con el señor Edmundo, y es muy natural que no le llame á vd. la atención lo que pase en su derredor, si no le pertenece á Edmundo.

—Tiene vd. razon. Yo le hablaré de esto á Gustavo. ¿Quiere vd.?

—Con mucho gusto. Investigue vd. sus intenciones, y si ve vd. que no me he engañado, dígame vd. que el señor de Mortonne y yo estamos en la mejor disposicion. Si estos jóvenes han de ser felices, que lo sean cuanto antes.

—Es verdad. Hoy mismo le hablaré á Gustavo; me ama como á su madre, y no me ocultará nada.

No tenemos necesidad de explicar lo que habia causado la admiracion de la señora de Péreux. Ofreciósele el recuerdo de Nichette, y no pudo ménos que condolerse de ella.

En esa misma tarde llamō aparte á Gustavo.

—Tengo que hablar con vd., Gustavo, y de cosas serias, le dijo.

—Ya escucho á vd., señora.

—Vd. ama á la señorita de Mortonne, dijo la señora de Péreux que, con su franquza característica no se andaba con rodeos.

—Lo ha adivinado vd., señora, respondió Gustavo, poniéndose encendido.

—No; no soy yo quien lo ha adivinado; la señora de Mortonne es la que lo ha visto.

—Y le ha hablado á vd. de ello?

—Sí, hace un momento.

—Qué le dijo á vd.?

—Lo que debia decirme como madre; tomō informes de vd., y como solo podia decirle bien

de vd., me manifestó que en el caso de que vd. pidiese la mano de su hija, nada se opondría á que vd. se enlazase con ella.

—¡Cuánto tengo que agradecer á vd.! señora! dijo Gustavo tomando la mano de la señora de Péreux.

—Así es, continuó ésta, que si vd. quiere, le puedo servir de intérprete.

—De madre, querrá vd. decir.

—¿No ama vd. á Edmundo como si fuera su hermano?

—¡Cuán buena es vd!

—Ahora, ¿quiere vd. que le dé un consejo?

—Diga vd., señora, y sea cual fuere, lo seguiré.

—Pues bien, en lugar de vd., Gustavo, iría yo á Paris ántes de resolverme.

—Iré, respondió bajando los ojos Daumont, que conoció el objeto de tal consejo.

—Esto, repuso la señora de Péreux, me proporcionaría el tiempo necesario para estudiar-me á mí mismo, y conocer la verdad de mis impresiones.

Acaso una vez en Paris, en medio del mundo, rodeado de jóvenes, cerca de las personas que amásteis en otro tiempo, notaría vd. que este nuevo amor no tiene raíces bien profundas en su corazon, y que solo es debido al aislamiento. La señorita de Mortonne es la única jóven que vd. ve aquí desde hace dos meses.

Es muy natural que la imaginación de vd. se haya fijado en ella; pero es muy natural tambien que un dia conociese vd. que habia hecho mal en obedecer á un primer impulso. El matrimonio es muy sério. Vd. lo ve por el de Edmundo. Antes de contraerlo, asegúrese vd. de que su corazon lo necesite para ser feliz, y de que definitivamente ha quebrado vd. con lo que en otros dias fué su dicha.

La señora de Péreux marcó mucho esta última frase, cuyo sentido oculto no se escapó á la comprensión del jóven, que no pudo ménos de agradecerlo.

—Ademas, dijo la señora de Péreux; necesita vd. sus papeles, que aquí no tiene, para que cuando vuelva, esté vd. en regla, y pueda verificarse el matrimonio inmediatamente.

—¡Cómo lo abraza todo su corazon de vd., y cuánto le agradezco lo que acaba vd. de decirme!

—Vamos! Me ha comprendido vd. bien, Gustavo.... No seamos jamas ingratos con los que hemos amado. Si á pesar de su permanencia en Paris, cree vd. que su felicidad depende de la señorita de Mortonne, será éste un verdadero gusto que proporcionará vd. á una persona que estoy segura de que piensa en vd. en este momento. Marche vd. mañana; tiene vd. mas de un mes de término. Algunos dias ántes de salir de Paris, si es que ha de



volver vd., escribame, y cuando vd. llegué, su matrimonio estará arreglado.

Es verdad?

—Todo lo prevee vd. ¡Qué feliz es Edmundo en tener una madre como vd.; y yo, cuán feliz soy con que vd. se digne guiarme un pocol

El consejo de la señora de Péreux era sensato, y Gustavo quedó encantado de haberlo recibido. En efecto, todo lo conciliaba, y pesaba las cosas en una balanza igual.

En Niza, Gustavo no se sentía con valor de ir á reunirse con Nichette, separándose de Laurencia; tratábase de saber, si vuelto á Paris tendría valor para volver á reunirse con Laurencia y abandonar á Nichette. ¿Cuál de los dos sería mas fuerte y poderoso, si el amor antiguo ó el amor nuevo?

En esto consistía todo.

Gustavo subió á su oponente, hizo sus preparativos de viage, y puesto que iba á verla, el jóven quiso causar un momento de alegría á Nichette escribiéndola:

“Parto casi al mismo momento que esta carta. Pocas horas despues que la recibas, estaré en Paris.”

En seguida fué á hacer una visita de despedida al señor y la señora de Mortonne.

—¿Y volverá vd. con nosotros . . . ? preguntóle el comandante.

—Lo mas pronto posible, se apresuró á responderle Gustavo.

La señora de Mortonne cambió una mirada con su marido, á quien ya habia dado cuenta de su entrevista con la señora de Péreux.

Laurencia sintió que su corazon palpitaba con violencia.

—¿Y encontraré á vd. aquí, comandante? preguntó Daumont.

—No nos moverémos ni un punto, contestó el señor de Mortonne.

Gustavo se despidió tambien de Laurencia.

Esta le tendió su mano, que el jóven estrechó entre las suyas. A Daumont le pareció que Laurencia correspondia ligeramente á su presion.

—¿Por qué se marcha el señor Daumont? preguntó la doncella á su madre cuando Gustavo se hubo alejado.

—Porque, segun creo, tiene intencion de casarse, respondió la señora de Mortonne, á quien la de Péreux habia referido una parte de su conversacion con Gustavo y del resultado que habia dado; y es preciso que arregle para esto sus negocios.

Al decir esto, la esposa del comandante miraba atenta y afectuosamente á su hija.

—¡Mi buena mamá . . . ! exclamó ésta, arrojándose en los brazos de la anciana.

—Conque ¿decididamente lo amas?

— Sí, madre mía.

— Pues bien, dentro de pocos días podrás confesárselo.

Al día siguiente, de madrugada, partió Gustavo, dejando entregados á los habitantes de la casita de persianas verdes á sus cuotidianas y tranquilas ocupaciones.

Edmundo seguía tan bien como humanamente podía exigirse en el estado en que se hallaba.

.....  
Cuatro días despues de su despedida, llegaba Daumont á Paris; inmediatamente corria á la calle Godot, y Nichette, que lo aguardaba con impaciencia, se arrojaba á su cuello sin poder retener las lágrimas de placer que la hacia deramar esta vuelta inesperada.

Ocho días ántes Gustavo creía no poder alejarse de Laurencia. Desde que acababa de recibir ahora el primer beso de Nichette, se conocía de que le seria imposible volverse á alejar de Paris.

Que los que pretenden leer en el corazon humano, espliquen esto. Lo que soy yo, no hago mas que referir.

CAPITULO IX.

**PRUEBA.**

Nada habia cambiado en casa de Nichette. Gustavo sintió que el lugar en que la encontraba, era el mismo en que habia mas de dos meses ella lo esperaba: las paredes, las habitaciones todas, toman inmediatamente un carácter nuevo de las costumbres nuevamente contraidas.

Todas las cosas que Gustavo conocia en casa de Nichette, se presentaron á sus ojos bajo un aspecto tan igual al que ántes guardaban, que olvidó por un instante que habia estado léjos de Paris.

— En fin, helo aquí. . . . ! exclamó la jóven estrechando las manos de Daumont y mirándolo. ¡Qué contenta estoy! ¡Si vieras cuánto temia no volver á verte! añadió riendo, porque desde el momento en que estaba al lado de su amante, podia reir hablando de la ausencia.

— No me era posible abandonar á Edmundo, querida niña, contestó Gustavo. No puedes figurarte qué malo ha estado. . . .